

El viaje de la fragata San Antonio, en 1745-1746. Reflexiones sobre los procesos políticos, operados entre los indígenas pampeano-patagónicos

Raúl J. MANDRINI¹

RESUMEN

El advenimiento de la dinastía borbónica en España en el siglo XVIII y las transformaciones que tuvieron lugar en el terreno de las relaciones internacionales, conllevaron modificaciones de la política colonial española en la región del Río de La Plata. En este contexto, la revaluación de la ruta del cabo de Hornos y las amenazas extranjeras contra el territorio de Patagonia —potenciales si no efectivas—, alentaron los viajes de exploración y las expediciones militares a los territorios meridionales. El viaje de la fragata española San Antonio a las costas meridionales de Patagonia en 1745-1746 fue resultado de ese nuevo interés. A pesar de que los viajeros no vieron indios, encontraron una tumba india en San Julián, cuya descripción podemos encontrar en los diarios de los viajeros. Este artículo analiza esa información y sus implicaciones para comprender las estructuras políticas y sociales indígenas.

Palabras clave: Historia colonial, exploraciones, patagones, jefaturas, necropompa

¹ Instituto de Estudios Histórico-Sociales «Prof. Juan C. Grosso», UNCPBA [Pinto 399-(7000) Tandil (BA), Argentina. E-mail: rman@fch. unicen. edu. ar]. Este artículo fue preparado, en lo esencial, durante mi permanencia en The John Carter Brown Library (Providence, R. I.) como becario de la Fundación Lampadia (1997-1998). Una primera versión fue preparada en el «Virginia-Carolinas-Georgia Seminar in Colonial Latin American History» (Atlanta, 1998). Agradezco especialmente la colaboración brindada por la dirección y el personal del Museo Naval, en Madrid.

ABSTRACT

The rise of the Bourbon dynasty in Spain in the 18th century and the transformations which took place in the field of international relationships meant modifications of the Spanish Colonial policy in the Río de la Plata region. In this context, the revaluation of the Cape Horn route, and the foreign threats against the Patagonian territory —potential if not actual— encouraged exploration trips and military expeditions to the Southern territories. A result of this new interest was the travel of the Spanish frigate *San Antonio* to southern shores of Patagonia in 1745-1746. In spite of the travellers did not see Indians, they found an Indian tomb in San Julián, whose description we can find in the journals of the travellers. This article analyzes this information and its implications for understanding the Indian social and political structures.

Key words: Colonial History, explorations, Patagonian indians, chiefdoms, necropomp

En diciembre de 1745 partió del puerto de Montevideo, en la banda oriental del Río de la Plata, la fragata española *San Antonio*. Iba al mando el alférez de navío Joaquín de Olivares y Centeno, y viajaban en ella tres sacerdotes jesuítas, los padres José Quiroga, Matías Strobel y José Cardiel². La nave tenía como misión principal reconocer y relevar la costa patagónica —tarea encomendada a Quiroga por su experiencia como cartógrafo— con el fin de localizar sitios aptos para futuros asentamientos que servirían como puestos de vigilancia y posibles escalas en el largo viaje por la ruta del Cabo de Hornos. Esta ruta, virtualmente cerrada al consolidarse el sistema de monopolio comercial español en el siglo XVII, volvió a tomar importancia tras el intento de los Borbones para revitalizar el sistema mercantil español con el llamado «Proyecto para galeones» (1720) que reglamentó la existencia de los «navíos de registro» y, particularmente, luego de la quiebra del llamado «sistema de flotas y galeones» después de la caída de Portobello en manos inglesas en 1739 (Villalobos R. 1986: 38-41. Para mayores datos sobre el papel de

² Carmen Martínez Marín (1991) ha dedicado un artículo a estudiar esta misma expedición. El trabajo, empero, resulta muy poco útil, pese a la rica documentación que maneja su autora. Descriptivo y fáctico, por calificarlo de algún modo, casi la mitad del texto es una simple enumeración de viajes que, desde el siglo XVI, precedieron al de Quiroga. Además, resultan llamativas expresiones como «... las atrocidades que cometieron los bárbaros en 1739.» (pág. 128).

la ruta del Cabo de Hornos en el comercio atlántico, García-Baquero González 1976: I, 143-174 y 263-265).

Los viajeros debían también registrar indicios de la presencia de extranjeros —fundamentalmente de ingleses— en las costas del sur y, al mismo tiempo, echar las bases para una futura empresa de evangelización de los indígenas patagónicos a quienes algunos visualizaban como potenciales aliados de los posibles invasores, motivo por el cual viajaban Strobel y Cardiel que tenían ya experiencia como misioneros³. Estas amenazas tenían un antecedente inmediato en la expedición de George Anson a los mares del sur en 1741 (Walther 1748) y se extendían a otras partes del Imperio colonial: el Caribe y la Florida (ingleses), el noreste de Nueva España (franceses) y California (ingleses, holandeses y rusos) (Weber 1992: 172-203; 1998. Navarro García 1988: 205-206). Esta presencia extranjera en o cerca de las zonas de frontera tendía a hacer más conflictivas las relaciones con los indígenas, en algunos casos ya de por sí bastante precarias (Por ejemplo, Clark and Guice 1996, para la región situada al este del Mississippi). En el caso de las costas patagónicas, la amenaza extranjera estimuló expediciones de exploración y entradas de carácter militar cuyo resultado fue un mejor conocimiento de los territorios del sur y un contacto cada vez más intenso con los grupos indios que los ocupaban (Martínez Sierra 1975: I, 123-269; Argentina. Comando... 1973: I, 249-391).

No resulta difícil comprender estas preocupaciones de la Corona y de las autoridades locales —que fueron constantes a lo largo del siglo— a la luz de los cambios que se estaban operando en la situación colonial en general y en el ámbito rioplatense en particular. El advenimiento de la dinastía borbónica

³ La labor misional había recobrado fuerzas por entonces en las áreas fronterizas del Imperio. En este contexto se desarrollaba, en el sur de Buenos Aires, el primer —y único— intento serio de evangelización de los grupos indios de la región, conocidos como «pampas» y «serranos». Esta breve experiencia (1740-1753) a cargo de misioneros jesuitas, en la que participó activamente Cardiel, coincidió con un momento de intenso conflicto con los indígenas. Durante el siglo XVIII las relaciones hispano-indígenas en el Río de la Plata alcanzaron momentos de gran tensión, y la década de 1740 y los primeros años de la de 1780 fueron, quizá, los momentos más álgidos de conflicto (Mandrini 1993a). A diferencia de lo ocurrido en otras áreas, esta experiencia terminó en un rotundo fracaso, sin duda por diversas y complejas causas. El tema espera aún un estudio en profundidad. Ver, Mazzanti y otros (1991: 28-29) que destacan, a mi juicio correctamente, el papel de los cambios políticos en el seno de la sociedad indígena —fortalecimiento de los grandes caciques— como un factor fundamental para entender ese fracaso.

en España al iniciarse el siglo y las transformaciones que se produjeron en el campo de las relaciones internacionales durante y después de la Guerra de Sucesión (1701-1713) significaron modificaciones de la política colonial española cuyos efectos comenzaron a hacerse evidentes en el Río de la Plata hacia mediados del siglo: reformas políticas y administrativas centralizadoras, liberalización del comercio, renovado interés por las producciones regionales —entre otras la ganadería—, revalorización del frente atlántico del imperio español al volver a utilizarse la ruta del Cabo de Hornos⁴.

Pero volvamos ahora a nuestros viajeros. Tras una larga navegación alcanzaron tierra a la altura del entonces llamado Cabo Blanco (hoy Cabo Tres Puntas), y llegaron luego a Puerto Deseado, dedicando varios días a su exploración. Continuaron hacia el sur, pasaron la bahía de San Julián, alcanzaron el río Gallegos, cuyas cercanías exploraron, y volvieron hacia el norte en busca de la entrada del río Santa Cruz a la que arribaron el 23 de enero de 1746. El 7 de febrero, alcanzaron nuevamente San Julián, donde realizaron exploraciones y reconocimientos hasta el 1º de marzo. Continuaron luego hacia el norte siguiendo la costa y reconociendo distintos sitios —el golfo de San Jorge, las bahías de San Gregorio y Camarones— hasta que, apremiados por lo avanzado de la estación —mediaba ya marzo— y la falta de agua potable, iniciaron el retorno hacia las costas del Río de la Plata, alcanzando el 4 de abril el amarradero de Buenos Aires tras más de tres meses de navegación.

Conocemos con detalle los pormenores del viaje, sobre el cual tenemos abundante documentación: al diario del comandante de la nave, Olivares y Centeno (1746), se suman el del piloto mayor, Andia y Varela —del que disponemos de dos versiones (1746a y 1746b)⁵—, y el redactado por el padre Quiroga (1746). Existe además un conocido resumen realizado por Pedro Lozano a partir de datos brindados por Cardiel y Quiroga (Lozano 1836) y, finalmente, un fragmento de Diario anónimo que, creemos, se debe al mismo Cardiel (1746)⁶.

⁴ Para una síntesis general de la política colonial de los Borbones españoles y del impacto de tales políticas en América, Brading 1984; para el Río de la Plata, Chiaramonte 1972. También Villalobos R. 1986.

⁵ Martínez Marín (1991: 133) hace referencia a otro ejemplar autógrafo del que no se conoce procedencia y que se encuentra en el Archivo Municipal del Puerto de Santa María.

⁶ La atribución del documento a Cardiel es mía y se apoya en el análisis de su contenido. El catálogo del Fondo lo atribuye a Andia y Varela. El texto, similar al de Lozano, está escrito en primera persona y no tercera. El autor se atribuye el descubrimiento de la tumba a

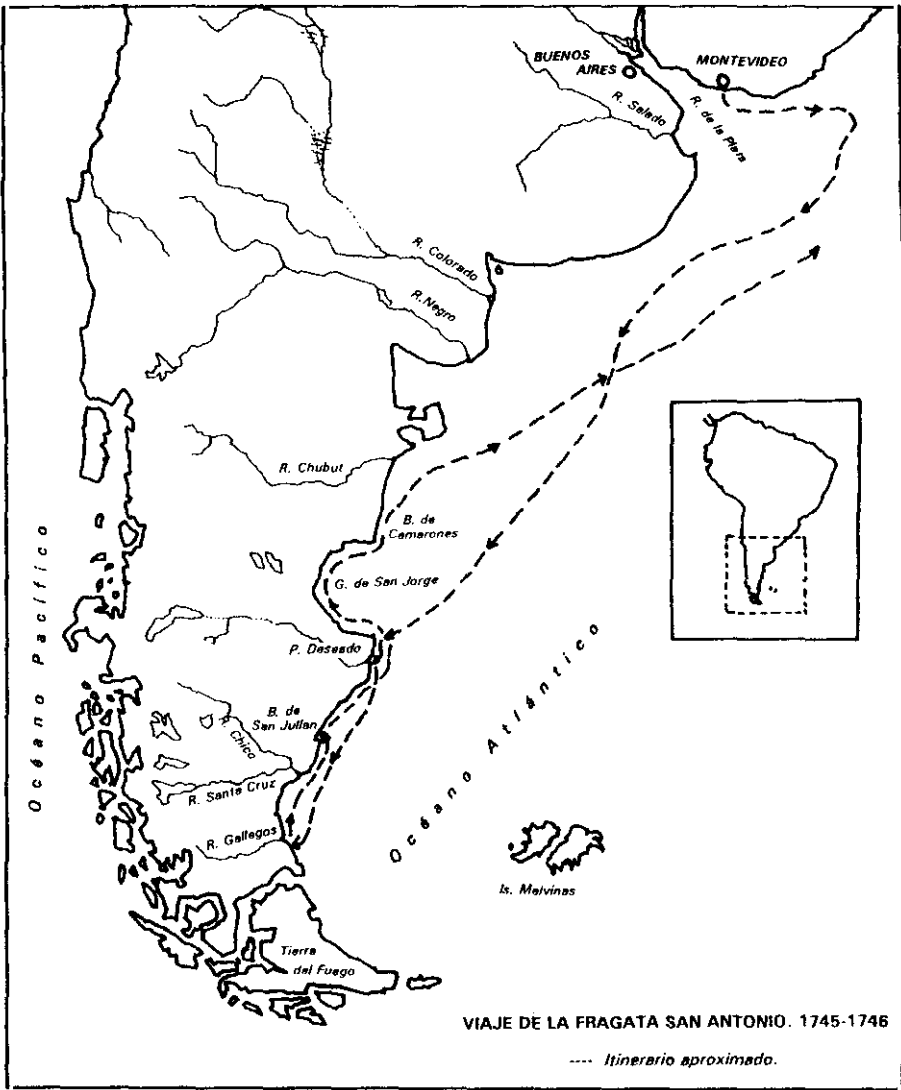


FIGURA 1.—Viaje de la Fragata San Antonio. 1745-1746.

Para decepción de los misioneros, y pese a sus denodados esfuerzos — especialmente de Cardiel—, durante el viaje no vieron un solo indio ni muchos indicios de su presencia. En Puerto Deseado encontraron algunos objetos —una punta de flecha de pedernal y una bola— y observaron restos de una tumba india, simple amontonamiento de piedras que cubría los huesos ya carcomidos de un indio

«... hallaron en lo alto de un collado un monton de piedras, y debaxo de ellas huessos de algun indio ya carcomidos, y no tan grandes como los pinta Mayre, y otros de los antiguos, que dicen, que habitaban en esta costa los Gigantes; pues al presente no se hallan indicios de que esta tierra estubiese habitada ni de Gigantes, ni de otra alguna nacion...» (Quiroga 1746: 17; también Lozano 1836: 5-6)⁷.

El hallazgo más importante se produjo el 15 de febrero en San Julián. Se trataba de una sepultura de aspecto muy particular que llamó la atención de los visitantes al punto que su descripción aparece en todos los diarios citados (Olivares y Centeno 1746: 19r-20v; Andía y Varela 1746a: s/f; Andía y Varela 1746b: 25v-26v; Quiroga 1746: 43-44 y 48; Cardiel 1746: 23-24; Lozano 1836: 16-17). Su descubridor fue el siempre activo Cardiel, quien relata que

«... â distan.^a de una legua de donde hicimos noche, encontramos una casa, que p^r un lado tenia 6 vanderas de paño de varios colores de media vara en quadro en unos palos altos clauados en tierra: y p^r el otro lado 5 cauallos muertos embutidos de paxa con sus crines, y colas [anotación al margen: Casa; y Sepulchro de Indios] clauados cada uno sobre tres palos en altura competente. Entrando en la casa hallamos dos camisetas, ô ponchos tendidos; y cabando encontramos con 3 difuntos, q. todavía tenían carne, y cabello. El uno parecia varon, y los otros mugeres: en el cauello de una de estas hauia una plancha de laton de media quarta de largo, y dos dedos de ancho, y en

que nos referiremos, hecho que todos los demás reconocen a Cardiel. Sobre los escritos de Cardiel, Furlong 1953: 54-61, con referencias al relato de Lozano. En su carta al padre Pedro de Calatayud Cardiel hace una referencia breve a su viaje a las costas patagónicas (Cardiel 1953 [1747]). Martínez Marín (1991: 133), citando a Furlong, menciona una carta o memoria de Strobel no localizada.

⁷ Este tipo de tumba es conocido en la región. Véanse, Pando 1769; Fitz-Roy 1839: 305. Francisco P. Moreno (1972: 94-95 y 143) comenta lo común de estas tumbas, que observó en Patagonia, y describe una en Puerto Deseado que supone pudo ser la que vio Cardiel.

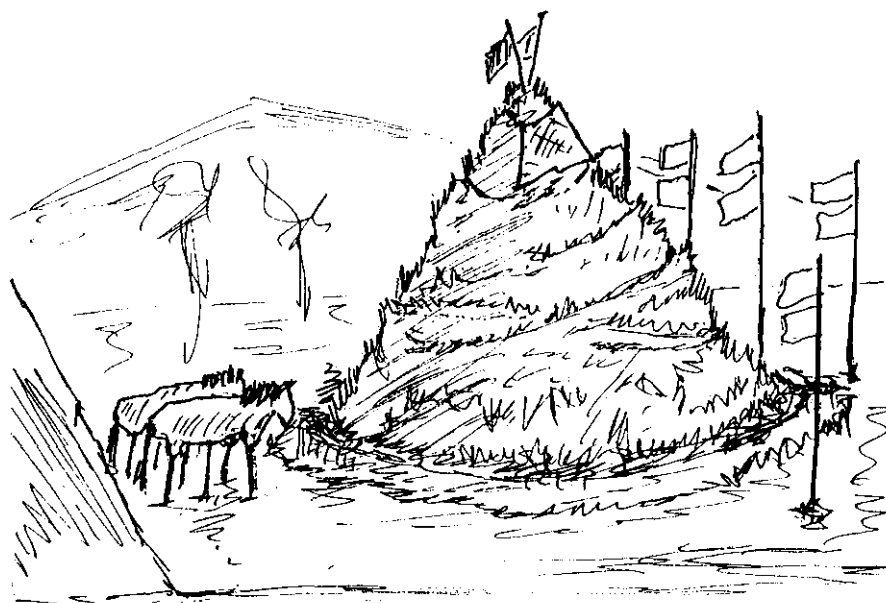


FIGURA 2.—Sepulcro indígena en San Gregorio sobre el Estrecho de Magallanes.
 Dibujo basado en el grabado incluido en Parker D. King, «Proceedings of the Second Expedition, 1831-1836, under the Command of Captain...» in, Narrative of the Surveying Voyages of this Majesty's Ship Adventure and Beagle..., Volume II. London, 1839.

las orejas zarzillos, ó arrecados [sic] de lo mismo. En lo alto de la casa hauia otra camiseta rebuelta, y atada con una faja de lana de colores y de ella salia un palo largo como veleta, de que pendian 8 borlas grandes delana amusca [sic]» (Cardiel 1746: 23-24; también Cardiel 1953 [1747]: 205; Lozano 1836: 16-17).

La noticia llegó al navío al día siguiente, a través de dos soldados despachados por Cardiel para solicitar víveres y hombres a fin de seguir la búsqueda de los indios que habían construido la tumba. Relata el padre Quiroga que

«... llegaron dos soldados embiados por el P.^o Joseph Cardiel con un papel para el P.^o Mathias Strobel, en el qual pedía que le

embiasse unos soldados y viveres para internar algunas leguas mas, e introducirse con los Indios que creia estaban cerca, pues a distancia de cinco leguas de la bahia avia hallado un toldo de Indios... [y] dentro de el toldo hallaron enterrados un Indio, y dos Indias...» (1746: 43-44)

El viernes 18, antes de regresar, según informan Olivares y Andía y Varela, Cardiel exploró por segunda vez la tumba en compañía de Strobel que le había llevado algunos refuerzos. Fue en realidad entonces cuando encontró los cuerpos de las indias allí sepultadas. Señala Andía y Varela que

«... bimos acosa de las 12: que elP. Cardiel, ysu Comp.^a Junto conelP. Mathias, yla suia, benian caminando hacial Nauio, conque nos ymcorporamos, ynos dijeron que la causa deboluerse era, el necesitar mas prevenz.^{on} dela que llebaba elP. Mathias, yel hallarse algunos delos soldados, totalm.^{te} yncapazes deseguir la empresa por estar rendidos delaAsperza del camino; Añadieron que ala buelta desentrañaron [tachado: *mas que a hida*] elSepulcro, y encontraron dos Indias mas enel enterradas, que la una estaba embuelta en un pedazo de Paño fino de color Amarillo, yla otra, en otro de color blanquisco; ytenian puestos enel Pelo uno pedaz: [sic] de Metal [agregado entre líneas: *p. ^a Adorno*], ypor sarzillos unos como Anillos mui grandes dela misma especie...» (1746b: 25r-26v; también 1746a: s/f; Olivares y Centeno 1746: 20v).

Cardiel insistió en encontrar las tolderías de los indígenas que habían construido la tumba y que suponía cercanos, dado que la tumba era reciente y había muchos rastros de caballos y una senda que partía del lugar. El domingo 20 partió con una comitiva de treinta y cuatro hombres y armas, municiones y víveres para ocho días. Una semana después la partida retornó exhausta al navío sin haber hallado indios ni indicios de sus asentamientos. Así refiere el padre Quiroga lo relatado por Cardiel a su regreso

«Dixo, que aviendo internado 25, o 26 leguas acia el poniente siguiendo la maior p.^{te} de esse camino una senda delos indios de acaballo, no avia hallado indio alguno (...) Dixo tambien que la senda trillada delos indios de acaballo guiaba acia el poniente, sinque en todo loque alcanzaba la vista, se descubriesse alguna señal de pueblo, ô de habitacion de indios...» (1746: 47-48. También Olivares y Centeno 1746: 21v; Lozano 1836: 19).

Cardiel intentó explicar la situación y no con malos argumentos, como lo reconoce el mismo Quiroga

«... discurría, que los indios, que avian causado aquella senda, eran indios Araucanos, ô algunos vezinos â estos, que habitaban en la costa de Chile, y â tiempos hacian sus viages para llevar delas Lagunas de San Julian algunas cargas de sal. Este discurso tiene mucho fundam.¹⁰ porque los Ponchos, quese hallaron enel toldo, los caballos, y algunas pieles de carnero, que estaban enlos sepulchros deel indio, e indias que dexo referidos, todas son alajas propias delos indios Araucanos.» (1746: 48)⁸.

Lozano —que como señalamos utiliza información brindada por Cardiel— menciona la posibilidad de que fueran puelches o pehuenches, que para ese entonces mostraban ya fuertes influencias araucanas, y Quiroga también señala estas relaciones al referirse a los adornos de metal de las indias

«... que son las joyas, que usan los Indios Araucanos de Chile, y los Serranos, que comunican con los Pampas de Buenos ayres.» (1746: f. 44; también Lozano 1836: 20-21).

No es extraño que para testigos de la época la presencia de tejidos y de objetos de metal estuviera vinculada con los araucanos de Chile o, cuanto menos, con grupos que, como los pehuenches cordilleranos y los puelches o serranos (tehuelches septentrionales en la terminología usual de los etnólogos)⁹, estaban ya influenciados por aquéllos, cuya presencia en las pampas,

⁸ Ver también Olivares y Centeno 1746: 21v; y Andía y Varela 1746a, aunque éstos no identifican a esos indios como araucanos.

⁹ La identificación étnica de los grupos que ocuparon la región pampeano-patagónica es una tarea pendiente en la construcción de la historia indígena del área. El tema ha sido motivo de encendidas polémicas que generalmente giraron sobre aspectos secundarios del problema, reduciéndose a la discusión de los nombres o «etiquetas» a aplicar a los distintos grupos, aunque sus autores compartieran ciertos supuestos básicos, generalmente inspirados en los postulados de la llamada escuela Histórico-Cultural (ver Mandrini 1993b). Para una crítica de las posturas tradicionales, especialmente de Rodolfo Casamiquela y Milciades Vignati, ver Nacuzzi 1998: 43-101. Su crítica, aunque excesivamente minuciosa, pierde de vista a veces cuestiones de fondo, especialmente los supuestos teóricos que sostienen tales posturas. La misma autora intenta una reconstrucción del panorama étnico, aunque muy acotada temporal y

donde llegaban en busca de ganado, está bien documentada al menos desde comienzos del siglo XVIII. Este proceso, al que historiadores y etnólogos suelen denominar «araucanización», fue mucho más complejo de lo que suponíamos hasta hace pocos años (Mandrini y Ortelli 1996; y especialmente Ortelli 1996). La referencia a veredas o caminos indios y la referencia a un número considerable de caballos —abundantes en el norte pero cada vez más escasos a medida que se avanzaba hacia el sur— parecían reforzar tal aserto.

Pero avancemos por partes. La tumba no parece característica de la región y esto debió ser decisivo para atribuirle a grupos araucanos o araucanizados¹⁰. Su estructura no era técnicamente muy compleja pero llama la atención la referencia a algunos materiales y, particularmente, la mención de los elementos asociados a la tumba y a los cuerpos allí enterrados. Hasta donde yo conozco, sólo hay otra referencia de un testigo directo para el extremo sur del continente: en 1827, el capitán King describe una tumba de características similares observada en San Gregorio, sobre el estrecho de Magallanes

espacialmente. El resultado es sugestivo y alentador —el capítulo correspondiente (págs. 103-162) me parece el más logrado y original del libro— y sería importante extenderlo en el espacio y en el tiempo. Para la época y la región a que nos referimos, la información documental es casi inexistente y sólo hacia la década de 1780 aparece alguna documentación significativa. Se trata además, de un momento de intensas transformaciones sociales y culturales. Por tales motivos, las denominaciones que se dan tienen carácter provisional y se corresponden con los términos usados por los viajeros, quienes en general utilizan el término de «patagones» para los grupos meridionales.

¹⁰ Tomas Falkner (1774: 120), cuya información puede venir de Cardiel, se refiere a la expedición de 1746, pero sus datos —el tiempo pudo haber confundido la información— son contradictorios. Recuerda la costumbre de colocar caballos muertos sostenidos por estacas: «... and they place all around [of the burying places] the bodies of their dead horses, raifed upon their feet, and supported with sticks», pero señala diferencias entre las tradiciones de los tehuelhets — nuestros tehuelches— y otros grupos. Menciona como típico de aquéllos hacer secar los huesos de los difuntos y luego enterrarlos arreglados y adornados (inhumación secundaria) —no es el caso de nuestra tumba— debajo de ramadas o toldos en la costa desértica del océano —sí sería nuestro caso— lejos de sus asentamientos (para otros grupos menciona en cambio la cercanía a sus habitaciones): «After having dried the bones of their dead, they carried them to a great distance from their habitations, in the desert by the seacoast, and after placing them in their proper form, and adorning them in the manner before described, they set them upon the ground, under a hut or tent, erected for that purpose, with the skeletons of their dead horses placed around them». La tumba encontrada en 1746 era, para Falkner, uno de estos sepulcros indios: «... one of this Indian sepulchres, containing three skeletons, and having many dead horses propped up round it». Así, su referencia podría apoyar la suposición de que fueron tehuelches quienes la erigieron y usaron.

«About two hundred yards from the village [toldería] the tomb was erected... It was a conical pile of dried twigs and branches of bushes, about ten feet high and twenty-five in circumference at the base, the whole bound round with thongs of hide, and the top covered with a piece of red cloth, ornamented with brass studs and surmounted by two poles, bearing red flags and a strig of bells, which, moved by the wind, kept up a continual tinkling.

«A ditch, about two feet wide and one foot deep, was dug round the tomb, except at the entrance which has been filled up with bushes. In front of this entrance stood the stuffed skins of two horses, recently killed, each placed upon four poles for legs. The horses' heads were ornamented with brass studs similar to those on the top of the tomb; and on the outer margin of the ditch were six poles, each carrying two flags, one over the other...» (King 1839: 93-94; incluye un grabado de la tumba).

«Casa», «toldo de indios» «pabellón», la designan los textos citados, agregando que presenta forma «piramidal» —«cónica» en el caso de King—, está hecha de palos y/o ramas y paja, y tiene su parte superior cubierta por un poncho o manta de lana. La mención de palos o ramas —dos textos aclaran que podrían ser de manzano o durazno— apuntan a la región del Limay. La madera era uno de los recursos más escasos de la meseta patagónica, como atestiguan los viajeros, generalmente obligados a usar leña de matorrales secos. La mención de astas que sostenían las banderas —«... quedelejos sefiguraban lanzas...»— refuerza esta apreciación.

No hay referencias a las dimensiones de la sepultura, pero si tenemos en cuenta que dentro estaban enterradas tres personas, no debió ser inferior a la que describe King —destinada a un niño— que tenía unos tres metros de altura y unos 2 metros y medio de diámetro en la base. Dentro de ella estaban enterrados un hombre y dos mujeres y la fosa estaba cubierta por ponchos de lana y, según una referencia, pieles de carnero. No tenemos información precisa sobre las condiciones y posición de los cuerpos. Al parecer, el hombre se encontraba «sentado» y se nos dice que el entierro debió ser reciente porque los cuerpos conservaban aún «carne y cabello». Finalmente hay una breve referencia al adorno de los cuerpos: las mujeres —al menos una de ellas— llevaban placas de metal —latón— en el cabello y aros o zarcillos del mismo metal, como «... Anillos mui grandes...», agrega Andía y Varela (1746b: 26v), quien además señala que los cuerpos de las indias estaban envueltos en paños finos.

Y esto es todo. Y no es poco, sin embargo. Podemos ubicar con bastante precisión el lugar y fecha de la tumba y describirla a grandes rasgos, pero ¿quién era el personaje allí enterrado y quiénes las mujeres que le acompañaban?, ¿a qué grupo étnico pertenecían?, ¿cómo murieron y por qué fueron enterrados allí? Son preguntas que no pueden ser contestadas —tal vez nunca lo sean— y que, sin duda, se las hicieron también sus descubridores que, como en el caso de Cardiel, eran testigos privilegiados.

Parecíales claro a los testigos que no se trataba de un indio del lugar. En primer lugar, porque no vieron indios ni muchos restos de indios en todo su viaje y las condiciones del medio no parecían propicias para la habitación humana (Quiroga 1746: 47-48; también Lozano 1836: 20-21). Cardiel recuerda que

«... Sólo en un pueblo hallamos agua buena y abundante a tres leguas de la mar...» (1953 [1747]: 205)¹¹

Un cuarto de siglo después, San Julián era un punto importante de concentración de indígenas y Viedma (1837: 67-68) hace referencia a la presencia allí de hasta 300 y 400 personas y nos dice que Camelo o Julián, que señoreaba las tierras que se extendían entre Puerto Deseado y el río de Santa Cruz, «... es el de más séquito de su nación...», que tiene como subalterno a otro cacique, Onos, su cuñado, y mantiene en situación de cierta dependencia a los indios del cacique Coopan o Cohopan¹². Estos grupos permane-

¹¹ Esta aguada puede haber sido la que uso Antonio de Viedma y que le fue señalada por el cacique Camelo o Julián, con el cual mantuvo amistosa relación. A diferencia de nuestros viajeros, Viedma tuvo estrecho contacto con los indígenas pero, aunque registra valiosas informaciones, aporta pocos datos sobre costumbres funerarias y éstos no se refieren al entierro mismo (Viedma 1837: 24-29 y 40-42; 47 y 77, sobre usos funerarios). Hasta donde conozco, tampoco aparecen datos sobre prácticas funerarias en los informes y diarios de la expedición de Alejandro Malaspina, que permaneció algunos días en Puerto Deseado en diciembre de 1789 y mantuvo contacto con grupos de la región. Ver Higuera Rodríguez y Pimentel Igea 1993: 21-46; y Viana 1849: 43-51; vease además la rica documentación inédita que se conserva en el Museo Naval, en Madrid. Para un análisis de la información, González Montero de Espinosa 1989; 1992: 61-88.

¹² En los diarios de la expedición de Malaspina encontramos otra referencia interesante sobre la existencia de cierta jerarquización — aunque poco marcada — entre los caciques patagónicos. Señala Francisco Javier de Viana (1849: 48) que en el verano esos indígenas habitaban las costas vecinas al Estrecho «... bajo las órdenes de un jefe superior, en quien residen exclusivamente las facultades de hacer la guerra, y todas las operaciones que exigen

cían en el lugar buena parte del año, aunque salían durante temporadas más o menos largas —podían durar algunos meses— para cazar guanacos. Poseemos algunos datos significativos sobre la movilidad de estos grupos meridionales que al parecer migraban hacia el sur durante el verano para concentrarse en grandes grupos en las cercanías del Estrecho de Magallanes. Señala Viana que

«... encontramos en estas inmediaciones [Puerto Deseado] una tribu de Patagones, compuesta de 61 individuos de todas edades y sexos; parece han llegado aqui hace dos dias, y dentro de poco van á incorporarse con otra mas numerosa en la bahia de San Julian, para retirarse probablemente hácia el S. (...) Estos naturales habitan en el verano hacia las costas inmediatas al estrecho de Magallanes (...) luego que empieza el invierno, divididos en pequeñas órdenes, vaguean por todo el espacio de una linea de 45° de latitud (...) sabemos que los guanacos muchos mas abundantes que las otras especies y cuya carne es mas gustosa y nutritiva, son su comida favorita y casi universal. Sabemos igualmente que estos animales aman con preferencia los climas frios (...) supuesto esto ¿no podrá creerse con fundamento que los Patagones siguen en sus viajes periódicos estos útiles cuadrúpedos, retirandose con ellos á la parte estrecha del S. en el verano y dispersándose en el invierno en trozos poco numerosos, porque estendidos aquellos entónces en mayor espacio, son proporcionalmente menos abundantes, y por consiguiente mas difícil la subsistencia de la nacion, reunida en un mismo sitio.» (1849: 43-44, 48 y 49; también Sanfeliu Ortiz 1945: 50)¹³.

¿Habría cambiado tanto la situación de la zona en esas dos décadas y media? Parece más razonable pensar que en el momento del viaje de la fragata San Antonio los indios del lugar, si los había, estuvieran en el interior cazando guanacos, o viajando hacia el norte, hacia el Río Negro, donde solí-

el movimiento de la nacion entera...»; en el invierno, en cambio, «... divididos en pequeñas órdenes, vaguean (...) cada una de ellas obedece á un cacique ó capitan particular, mientras dura la separacion y este reconoce siempre la dependencia de aquel.» También Sanfeliu Ortiz 1945: 50.

¹³ A fines de 1785, Antonio de Córdoba pudo observar grupos de patagones sobre el mismo Estrecho y refiere a contactos con españoles de Buenos Aires y, con más seguridad, de los establecimientos españoles de la costa patagónica que reflejan esa movilidad (Relación... 1778: 20-25). También Ramírez Rivera 1990: 81-85.

an ir a comerciar con los indios de las pampas¹⁴. ¿Perteneceían entonces a grupos del lugar los rastros y la tumba vistos por Cardiel? La realidad es que no lo sabemos, pero nos parece poco probable.

Pero si, en cambio, se tratara de araucanos o de serranos, cabría preguntarse qué hacían en esas latitudes. La obtención de sal —como suponen los viajeros— no sería un motivo desdeñable ya que, aunque hay salinas más al norte, la sal era un producto esencial de consumo y un valioso artículo de comercio, tanto entre los mismos indios como entre éstos y los blancos. Sin duda las distancias desde el Río Negro y el alto Limay son enormes (unos 1200 km en línea recta desde la confluencia de esos ríos hasta San Julián), pero los tehuelches las recorrían regularmente¹⁵; tenemos bastante información sobre la existencia de sendas o caminos y el mismo Cardiel siguió uno de ellos en su frustrada búsqueda¹⁶. Por otro lado, los grupos de la Patagonia septentrional realizaban regularmente largos viajes desde las tierras cercanas a la cordillera hacia las sierras del sur bonaerense¹⁷, siguiendo el curso del río Negro.

¹⁴ Antonio de Viedma (1837: 71, 78 y 79) comenta que «... hacen prevención y cosecha en la primavera [de cueros de liebre, zorrillo y guanaco notato], para con los sobrantes comerciar con los indios del Río Negro por caballos, ropas, frenos abalorios y dagas, que aquellos adquieren del comercio, é invasiones que hacen en las fronteras de Buenos Aires...»; que «... no hay suficientes caballos para surtirlos, sino fuera por los que los indios Pampas de Buenos Aires les cambian por los cueros que les llevan cuando bajan al Río Negro...»; y que «Las armas que usan, son bolas y lazo, y tambien dagas y sables, que adquieren de los indios Pampas de Buenos Aires...». Felipe Bauzá, que acompañó a Malaspina, señala que los patagones «... tienen algun.^s trato con los nuestros y q.^o por este med.^o ô el de algun.^s de los Pampas tienen los Abalorios y aparejo de caballo» ([1789]: 17v). Francisco de Vierna (1938: 405) consigna que los tehuelches que encuentra en el Río Negro eran «... oriundos de San Julian...» y que el cacique «... de mas sequito... es un Mozo, que le llaman Julian, hijo segun me há informado Goico[e]chea de otro Julian, que estuvo en esta Ciudad de Buenos Ayres años pasados...». Este último no puede ser otro que el Julian o Camelo que trabó amistad con Antonio.

¹⁵ En la segunda mitad del siglo XIX el aventurero inglés Georges Ch. Musters (1979) acompañó a una de esas partidas, la del cacique Casimiro, en su marcha hacia el norte, aunque no por el camino de la costa.

¹⁶ Antonio de Viedma (1838: 72) hace mención explícita a ellas: «Las mugeres van por veredas que hay hechas para todas la aguadas donde deben parar...». Su hermano Francisco (1938: 406) consigna que, según sus informantes tehuelches, «... desde este Río [el Negro] a San Julian... hay trece dias de camino...» La distancia entre ambos puntos superaba los 1300 kilómetros.

¹⁷ Cacapol y Cangapol —al que los españoles llamaban «el bravo»—, tehuelches septentrionales y para la época de nuestro viaje los caciques más poderosos de las tierras meridionales, tenían sus tolderías en Huichin cerca de la confluencia de los ríos Negro y Limay (Falkner 1774: 26), pero era frecuente encontrarlos cerca de las sierras de Tandil y Ventana, a una distancia de no menos de 800 kilómetros en línea recta.

Sin duda sería importante, para avanzar en el tema, poder responder a las preguntas formuladas. Pero, de una manera u otra, la presencia de esa tumba, en ese lugar, y sobre todo en esa época, plantea otras cuestiones generales que nos obligan a repensar algunas de las ideas que hasta ahora habíamos sostenido.

Durante la última década y media se verificaron significativos progresos en el conocimiento de las sociedades indígenas de la región durante el período transcurrido entre el asentamiento de los europeos al Río de la Plata, a fines del siglo XVI, y la incorporación del territorio indio al Estado nacional argentino en el siglo pasado. Aunque, obviamente, tales avances no excluyen confrontaciones y diferencias entre los investigadores, ciertos puntos parecen ahora fuera de discusión.

Hay coincidencia en considerar a la sociedad indígena mucho más compleja en su funcionamiento y en sus estructuras de lo que historiadores y etnólogos habían supuesto durante muchos años (Mandrini 1993b). También hay acuerdo sobre la imposibilidad de entenderla sin atender a sus relaciones —múltiples y no menos complejas— con la Araucanía chilena y con la sociedad hispanocriolla. Por último, parece fuera de discusión que ese mundo indígena sufrió cambios y transformaciones a lo largo del período.

Sin embargo, parece haber menos acuerdo a la hora de evaluar el alcance y el carácter de tales cambios así como su cronología. Sin duda, parte de ellos está directamente ligada a los contactos con la sociedad hispanocriolla y con los araucanos, pero en lo esencial parece —o mejor, nos parece a algunos— que tales cambios resultan de una dinámica más compleja en la cual las transformaciones internas de la sociedad india frente a las nuevas condiciones históricas de su existencia fueron tanto o más importantes que las influencias o contactos externos. Así, la rápida incorporación de elementos alóctonos fue posible, en realidad, gracias a esas transformaciones, y más que una «causa» de las mismas, tal incorporación habría contribuido a reforzar los cambios producidos. De hecho, por ejemplo, la incorporación de bienes culturales araucanos precedió al ingreso y asentamiento masivo de grupos de ese origen, fenómeno que recién se verificó en las primeras décadas del siglo XIX (Mandrini y Ortelli 1996; Ortelli 1996; Mandrini 1997)¹⁸.

¹⁸ La presencia de tejidos y de metal aparece asociada siempre a los indios cordilleranos de Chile, lo mismo que el cultivo (Mandrini 1987: 13-17).

Menor aún parece ser el acuerdo a la hora de caracterizar a la sociedad indígena, especialmente en lo que hace al carácter de las estructuras sociopolíticas de las formaciones sociales pampeano-patagónicas¹⁹ y los investigadores no han conseguido ponerse de acuerdo en la caracterización de la sociedad indígena (véase, a modo de ejemplos, Sánchez y Juliá 1976; Jones 1984; Bechis R. 1984; González, 1979). Todas las formas usualmente reconocidas en las tipologías de los sistemas políticos preestatales han sido empleadas (banda, tribu, confederaciones tribales, cacicato o jefatura) y no siempre a partir de definiciones claras, así como distintas caracterizaciones de las diferencias sociales internas (sociedades igualitarias, de rango, jerárquicas, estratificadas).

Personalmente, entiendo que la categoría de «jefatura» es la que más se ajusta a la información histórica disponible, y es por tal motivo que una hipótesis central de mi investigación fue la definición de los grandes cacicatos indios —al menos hacia mediados del siglo XIX— como verdaderas «jefaturas» (*chiefdoms*), traducción que prefiero a la de «señorío», que tiene otras connotaciones.

La definición de jefatura dentro de una taxonomía de organizaciones políticas no es una tarea exenta de dificultades. Su incorporación al campo de la antropología política es relativamente reciente y, pese a los debates originados falta aún avanzar en la definición del concepto, en la precisión de sus rasgos fundamentales y, sobre todo, en la determinación de los factores causales que determinan su surgimiento.

En el tema aparecen involucradas dos cuestiones: la primera es taxonómica, la de las definiciones, esto es, qué es una jefatura o cuándo una unidad sociopolítica puede ser definida como jefatura. En buena medida, los problemas para definir la categoría de jefatura derivan de la variedad y multiplicidad de formas históricas que pueden ser reconocidas como tales. Los debates más recientes se han orientado justamente hacia el tema de la variabilidad de las jefaturas más que a la discusión de problemas evolutivos que caracterizó a las primeras etapas (Earle 1987; 1991).

En este sentido, las jefaturas son, ante todo, formas políticas —o sociopolíticas, si se quiere ser más amplio— y, en tanto tales preceden a —o se

¹⁹ Tradicionalmente, los escasos historiadores que se ocuparon del tema lo hicieron en forma tangencial, poniendo énfasis en la situación de la frontera, la guerra contra el indio y la ocupación territorial más que en la sociedad indígena misma, y utilizando para caracterizarla — en forma acrítica — expresiones que van desde «hordas salvajes» y «bárbaros» hasta «imperios del desierto», pasando por una amplia gama intermedia.

diferencian de— las sociedades estatales. La definición mínima propuesta por Carneiro (1981: 45) parece un punto de partida útil. Tiene en cuenta dos elementos que implican niveles distintos de decisión política: a. una unidad política autónoma multicomunitaria, esto es, un agregado de comunidades, villas o aldeas cuyos jefes representan el nivel inferior de decisión; y b. la presencia de una jefatura permanente —Carneiro excluye expresamente asociaciones temporales o circunstanciales— ejercida por el jefe de la comunidad dominante, sobreimpuesta a las comunidades, y que marca el nivel superior de decisión. A estos elementos fundamentales podrían adicionarse otros que aparecen siempre vinculados a las jefaturas, como ser: c. la presencia de una jerarquía de rangos tanto entre las distintas comunidades que conforman la jefatura como entre los individuos, determinada —o justificada— por la distancia genealógica respecto del jefe principal y que se manifiesta, políticamente, en los distintos grados del ejercicio del poder; y d. el poder se apoya esencialmente en la figura del jefe —de allí el conjunto de normas llamadas suntuarias de que se lo rodea— y carece de mecanismos formales de coacción y del uso legítimo de la fuerza, elementos característicos del Estado. Los demás elementos que a menudo se involucran —dimensiones de la jefatura, grados de cohesión interna, formas y mecanismos concretos de ejercicio del poder— dependen en realidad de condiciones y situaciones específicas que deben ser estudiadas en cada caso particular.

La segunda cuestión en cambio, que depende en gran medida de la aceptación de un modelo evolucionista de las formas políticas, se orienta a establecer su lugar en ese modelo y en determinar el «motor» de tal proceso evolutivo, considerado como el factor explicativo determinante del surgimiento de las jefaturas. Sin embargo, como historiador, considero que la explicación del proceso de surgimiento de sociedades de jefatura en la región pampeana, aceptando que tales sociedades alcanzaran ese nivel de desarrollo sociopolítico, debe partir del análisis de las condiciones históricas concretas en que tal proceso tuvo lugar. Sólo así la investigación podría servir para poner a prueba algunas de la hipótesis formuladas y, eventualmente, contribuir a la formulación de nuevas hipótesis específicas.

El uso de esta categoría con carácter instrumental me fue de gran utilidad en el momento de definir objetivos y problemas así como para describir, definir y analizar las estructuras y el funcionamiento de esas formaciones sociales. El desarrollo de la investigación fortaleció esta hipótesis, pero, al mismo tiempo, abrió otras cuestiones y otras preguntas comenzaron a tomar forma y

sentido. Centralmente, estas preguntas se orientaron hacia el proceso de conformación de esas jefaturas indias ya que parecía estar fuera de toda duda que los grandes cacicatos del siglo XIX, aquéllos a los que caracterizamos como jefaturas, poco tenían que ver como las bandas de cazadores-recolectores que, a fines del siglo XVI ocupaban el territorio²⁰.

Cómo, cuándo y por qué cambiaron, eran las preguntas que debíamos tratar de contestar y, a medida que la información disponible hacía remontar al siglo XVIII la presencia de algunos de los rasgos centrales de esas formas políticas, aparecía como más difusa la posibilidad de una «difusión», o de la imposición de un modelo político importado desde Chile a comienzos de ese mismo siglo XIX. El desarrollo de este modelo, que aparecía vinculado a la generalización de conflictos inter e intraétnicos de carácter bélico en el período postrevolucionario (Villar 1998), sustentó la hipótesis que manejamos inicialmente (Mandrini 1984: 9; 1997). Sin embargo, el análisis de nueva documentación mostraba que la guerra habría, en todo caso, acelerado y reforzado procesos que se encontraban ya en marcha.

El análisis de las fuentes de mediados del siglo XVIII, no muchas por cierto, resultó entonces sugerente. El primer intento misionero en el sur bonaerense —al que hicimos referencia— produjo la primera información etnográfica de importancia de que disponemos para la región, y los nombres de Cardiel, Falkner y Sánchez Labrador aparecen indisolublemente ligados a esa información. Allí los misioneros tuvieron estrecho contacto no sólo con grupos pampas, sino también con tehuelches septentrionales —los llamados comúnmente «serranos»— y algunos meridionales que llegaban hasta esas tierras en busca de ganado. Los datos que aportan son significativos, en particular algunos referidos a la organización sociopolítica de esos grupos y especialmente sobre los tehuelches septentrionales y sus entonces poderosos jefes, Cacapol y Cangapol. Cangapol fue, por otra parte, uno de los informantes más importantes de Falkner.

²⁰ Nacuzzi (1991; 1998: 199-214) ha llamado la atención sobre los riesgos del uso de expresiones como «cazadores» y «nomadismo» atento sus connotaciones ideológicas, ya que a menudo se los ha asociado a «salvajismo» y se ha dado por sentada la «simplicidad» o el «primitivismo» de tales sociedades. Sin embargo, y desde hace ya bastante tiempo —como señala la autora— el conocimiento de las sociedades cazadoras recolectoras se ha modificado profundamente. Nos pareció innecesario por lo obvio hacer esta aclaración en trabajos anteriores, pero a fin de evitar confusiones quede entendido que al hablar de cazadores-recolectores sólo hacemos referencias a las actividades económicas fundamentales —no exclusivas— de tales unidades sociales, las que de ningún modo suponen simplicidad o primitivismo.

El análisis de tales datos (Mandrini 1988: 93-97; 1993: 72-73; 1997) nos muestra que, por entonces, esos caciques parecían controlar la circulación por el río Negro, sin duda la ruta ganadera más importante para el tránsito hacia la Cordillera y la Araucanía chilena y que encabezaban una alianza de diferentes grupos indios del sur cuyos caciques reconocían su mando o autoridad —eran «como reyes de los demás», recuerda Falkner—, al menos para la guerra (Falkner 1774: 103). El devastador malón que ambos caciques lanzaron sobre Buenos Aires en 1740 es una prueba del poder militar de esa alianza y de la capacidad de movilizar hombres y recursos por parte de ambos jefes.

Pero esos mismos informes nos dan otros datos significativos. En el mapa que acompaña a su obra, Falkner diferencia gráficamente —dibuja un toldo más grande y complejo— la toldería de Huichin, residencia y centro de operaciones de Cacapol y Cangapol. También nos informa que el cargo de *Apo* —algo así como un comandante en jefe— aunque electivo,

«... has for many years been in a manner hereditary, among those [Indians] of the South, in the family of Cangapol...» (1774: 121)

Otros datos, dispersos a través de esos escritos, nos informan de diferencias de riqueza y de distinciones jerárquicas entre los indios de sur que se expresaban en el atuendo, en los adornos, en el número de mujeres²¹. Datos semejantes se repiten en documentos de las décadas siguientes para otros grandes caciques del sur, en especial para Chanël, más conocido por los españoles como cacique Negro²².

²¹ Sánchez Labrador 1936: 35-37, 72-73. La referencia a conflictos entre los caciques y los shamanes o hechiceros —que representan los poderes tradicionales de las tribus— podría tener que ver con este proceso de concentración de autoridad en manos de los caciques (Sánchez Labrador 1936: 51 y 61-63; Falkner 1774: 117). Ver, Mandrini 1988: 96 (nota 68). Sobre el ejercicio de funciones de redistribución por parte de los caciques, Mandrini 1988: 94-95 y nota 62.

²² Nacuzzi (1998: 168-177) propone el funcionamiento de jefaturas duales en el sur bonaerense y norte patagónico en el último cuarto del siglo XVIII, las que habrían desaparecido luego ante el fortalecimiento de las grandes jefaturas unipersonales del siglo siguiente. Sus afirmaciones se apoyan, esencialmente, en los datos proporcionados en su «Diario» por Pablo Zizur, en 1781, y en una relectura de algunos documentos contemporáneos. Sin embargo, aunque sugerente a nivel de hipótesis, su propuesta requiere todavía ser trabajada con mayor profundidad pues las referencias de las fuentes no son del todo claras y la autora tampoco avanza en una definición más precisa de lo que entiende por jefaturas duales. Un ejemplo de tales jefaturas duales podría encontrarse entre los grupos meridionales. Antonio

Ahora bien, si este era el contexto sociopolítico de los grupos norpatagónicos hacia mediados del siglo XVIII, no resulta extraña una tumba de las características de las que hemos descrito que, sin duda, debió pertenecer a un cacique de relativa importancia. La presencia de piezas tejidas de lana —ponchos y banderas—, de madera —un producto ajeno a la región—, los cueros de caballos embutidos y alzados sobre estacas, las piezas de metal que adornan al menos a una de las mujeres, son todos bienes que expresan —en el universo social indígena— riqueza, prestigio y autoridad. Y así debió entenderlo Cardiel, que conocía ese universo. Lozano (1836: 20) —que, como señalamos, debe reproducir información obtenida de Cardiel— identifica al personaje enterrado como «... algún principal de ellos...»

Empero, los datos que poseemos para los grupos meridionales, pese a ser bastante más tardíos, no reflejan diferencias sociales similares a las que encontramos en el norte. Pineda señala que

«Estan divididos en casiques y cada divicion tiene dos, con titulo de *cap. n Grande y cap. n chico*. nadase diferencias en sus vestidos» ([1789b: 159r.]

Pineda ([1789a]: 82v-82r), uno de los científicos que acompaña a Malaspina, señala, apoyándose en datos del piloto Peña, la existencia de dos jefes —un jefe grande y un jefe chico— con diferentes funciones pero sin rasgos externos significativos que los diferencien entre sí o de los demás indios: «En sus Tolderias el Cazique principal ó Capitan grande tiene la distincion de tener delante de su toldo un caballo ensillado y enfrenado dia y noche, á el parece incumbe la obligacion de hacer al pueblo ciertos discursos, ó sermones en que se notan muchos afectos y gesticulaciones. Los demas Jefes subalternos tienen el caballo solo con el lazo. Al Cazique principal sigue el dignidad el Capitan Nicacocha, este hace los oficios de Alojador, escoge el terreno para el campamento, dispone los toldos, los levanta quando mudan de sitios y conduce las mugeres con la perrada para la caza de armadillos, quirquinchos, zorrillos y otros animales pequeños. Ya dho q.º El Cazique principal parece tiene la incumbencia de hacer ciertos sermones á la tribu, verosimilmente les expondra avisos y conf[s]ijos utiles, se notaba que acompañaba la energia del discurso con grandes afectos y gesticulaciones» (también Pineda [1789b]: 159r). Pero, ejercida la autoridad en forma dual o unipersonal, lo cierto es que los caciques —y esto lo destaca en varias ocasiones Nacuzzi— ocupan un papel cada vez más destacado. Hemos señalado en otro trabajo que probablemente no podamos hablar para esta época de «jefaturas plenamente constituidas». En este sentido, coincidimos con ella cuando afirma que «... no podemos considerar a estos grupos como «sociedades igualitarias» en las que no hacía falta un líder porque no había desigualdades permanentes o institucionalizadas entre las unidades sociales fundamentales...» (1998: 245).

y, en otro texto, afirma el mismo Pineda que

«El gobierno de los Patagones puede llamarse con propiedad Patriarcal, mas bien que con otro nombre. El mas respetable dela familia pues al parecer cada tribu compone una dilatada ó por sus años, por su robustez, ó por sus amigos, la gobierna mas bien como Padre, que como Principe; notamos en Junchar, Gefe dela tribu que tratamos, el mismo vestido, el mismo trato, mas bien parecia compañero que Cazique, ó Capitan de los otros Indios, si se exceptua que no venian hasta que el los llamaba, ni se retiraban ásus toldos hasta que el daba las ordenes» ([1789a: 81r-82v; también Bauzá [1789]: 14v; Díaz Hurtado [1789]: 23v).

Estos datos, sumados a los más conocidos aportados por Viedma, sostienen nuestra opinión de que difícilmente fueran esos grupos los que erigieron la tumba que nos ocupa.

Pero hay otro dato significativo cuyo análisis dejamos para el final. Puede ser entendible en tales circunstancias, el entierro de un cacique, pero ¿qué había ocurrido con las dos mujeres que lo acompañaban en su tumba? ¿Habrían muerto al mismo tiempo o, como podemos suponer, fueron muertas y enterradas con el cacique? Y esto último resulta de singular importancia.

En efecto, la práctica del *suttee*²³ es conocida en las pampas durante el siglo XIX y su aparición en la región, hasta donde hoy sabemos, es un producto de los procesos sociopolíticos allí operados, a los que nos hemos referido (González 1979; Mandrini 1997). Tal práctica, atestiguada en el sur bonaerense a comienzos de la década de 1820, resultaba congruente con el desarrollo de tales procesos sociopolíticos en la segunda mitad del siglo anterior. Pero si aceptamos que, en el caso de la tumba de San Julián, nos encontramos ante un testimonio de práctica de *suttee*, entonces deberemos aceptar que los procesos de desarrollo de sociedades de jefatura en la región debió ser más temprano de lo que habíamos supuesto y debía estar avanzado hacia mediados del siglo XVIII.

²³ Designación del rito hindú de cremar a la esposa en la pira funeraria del marido. Por extensión, se lo utiliza —así como el de *necropompa*— para referirse a la costumbre de *immolar* y enterrar en la tumba de un gobernante, jefe o personaje importante a su esposa/s y/o a sus servidores, o a algunos de ellos.

La interpretación del entierro de San Julián como un ejemplo de práctica de suttee parece consistente con los datos que manejamos sobre la situación de los tehuelches septentrionales en esa época —y varios testimonios aceptan que pueda ser de ese origen el cacique allí enterrado. Pero además, si esto no bastara, Lozano aclara

«... que este año moriría allí algún principal de ellos, para cuyas exequias matarían dos de sus mujeres y sus caballos, para que les hiciesen compañía en la otra vida, según cree su ceguedad, y por el mismo motivo enterrarían con él todas sus alhajuelas.» (Lozano 1836: 20)

En síntesis, la presencia de esa tumba en territorios tan australes y en una fecha temprana, refuerza y sostiene la hipótesis de que las sociedades indias del vasto espacio pampeanopatagónico transformaron profundamente sus estructuras sociales y políticas a partir del momento del contacto con los europeos y de su vinculación a vastos circuitos comerciales. El resultado final fue la conformación de grandes jefaturas en la región de las pampas hacia mediados del siglo XIX, pero la formación de las mismas aparece —cada vez más— como un largo y complejo proceso histórico cuyos orígenes podemos rastrear ahora hasta la primera mitad del siglo XVIII, un momento en el cual la vinculación de la sociedad india al mundo hispanocriollo y el impacto que tal vinculación tuvo sobre ella después de más de un siglo de contactos, comienzan a perfilarse con claridad.

DOCUMENTOS INÉDITOS

ANDÍA Y VARELA, Diego Thomas de

1746a «Diario deelviaje quehize yo Diego Thomas de Andía y Varela, dePiloto maior, enla fragata de S. M. nombrada S.^o Antonio, bajo deel Comando deel Alferes denavio d.^o Juachin de Olivares desde Buen.^a ayr.^s âl reconocimiento dela costa del Sur de elRío delaPlata, por ôrn. deel rey, cuia comision hiua âcargo delR.^{mo} P. Josseph. Quiroga Mrô demathematicas, aquien âcompañaban el R.^{mo} P. Mathias Strobel, y el R.^{mo} P. Josseph Cardiel misioneros delaComp.^a de Jesus», *Archivo General de Indias (Sevilla, España). Audiencia de Buenos Aires*, leg. 302, sin foliar [Copia en *Archivo General de la Nación (Buenos Aires, Argentina), Sala VII, Biblioteca Nacional*, t. 195, doc. 2073, fs. 133-203].

ANDÍA Y VARELA, Diego Thomas de

- 1746b «Diario queyo Diego Thomas de Andia i Varela hize, desde Buenos Aires, al reconocim.¹⁰ dela Costa, q. corre desde el Cabo de S.ⁿ Ant.^o hasta el Estrecho de Magallanes, con Plaza dePiloto maior, enla frag.^{1a} de S. M. nomb.^a S.ⁿ Antonio, mandada por d.ⁿ Juachin de Olivares, Alferrez de navio, ácuio fin fueron con nosotros, los Rev.^s P.^s Joseph de Quiroga, Joseph Cardiel, y Mathias Strobel, por Hord.ⁿ del Rei:», *Archivo General de la Nación (Buenos Aires, Argentina), Sala VII, Biblioteca Nacional*, t. 339, doc. 5606.

BAUZÁ, Felipe

- 1789 «Diario [del viaje] al rededor del mundo», *Museo Naval (Madrid, España)*, Mss. 479, fs. 1-112.

[CARDIEL, Joseph, (?)]

- 1746 «Diario de la Misión a Magallanes (Trunco), 1745», *Archivo General de la Nación (Buenos Aires, Argentina), Sala VII, Biblioteca Nacional*, t. 189, doc. 1826.

DÍAZ HURTADO, Joaquín

- 1789 «Diario de la Navegación que va emprehender el Pilotin del Numero D.ⁿ Joaquín Díaz Hurtado; en la Corv.^{1a} de S. M. Santa Justa, (Alias) la Descub.^{1a} su Com.^{1c} el Capitan de Frag.^{1a} d.ⁿ Alexandro Malaespina; con destino â dar la v.^{1a} al Globo; Diendo en Ntrâ. conserva la Corveta S.^{1a} Rufina (Alias) la Atrev.^{da} su com.^{1c} D.ⁿ Josef Bustam.^{1c} y Guerra; de igual clase; Verific.^{do} la salida para el 30, de Julio del pres.^{1c} Año de 1789», *Museo Naval (Madrid, España)*, Mss 424, fs. 1-293.

OLIVARES Y CENTENO, Juachin de

- 1746 «Diario del viage que Yo, D.ⁿ... Commandante dela Fragata de S. M. nombrada S.ⁿ. Antonio, hé hecho desde el Rio dela Plata, hasta el dé Gallegos al reconocim.¹⁰ dela Costa del Sur, para cuyo Rexistro por Orden del Rey fue conmigo el R.^{do}. Padre Joseph Quiroga, Maestro de Mathematicas, y ensu compañía los R.^{dos}. Padres Mathias Estrovel y Joseph Cardiel, todos Misioneros dela Compañia de Jesus», *Archivo General de Indias (Sevilla, España). Audiencia de Buenos Aires*, leg. 302.

PANDO, Manuel de

- 1769 «Descriccion del Puerto Deseado, situado en la latitud Austral de quarenta y siete grados, cinquenta y dos minutos, y en la longitud de trescientos diez grados, treinta y cinco minutos del Meridiano de Tenerife», *Archivo General de Indias (Sevilla, España). Audiencia de Buenos Aires*, leg. 306.

PINEDA, Antonio

- 1789a «Descripción de los patagones», *Museo Naval (Madrid, España)*, Mss. 343, fs. 75-83.

PINEDA, Antonio

- 1789b «Noticias sobre los patagones y Puerto Deseado», *Museo Naval (Madrid, España)*, Mss. 100, fs. 155-161.

QUIROGA, Joseph

- 1746 «Relacion Diaria, que hace al Rey nuestro Señor, que Dios guarde, el P.^o... dela Compañia de Jesus deel viage, que hizo de orden desu Magestad âla costa delos Patagones enel navio S. Antonio, mandado por D.ⁿ Joaquin de Olivares, que salio deel Rio dela Plata siendo Gobernador y Capitan General deesta Provincia D.ⁿ. Joseph de Andonaegui. Año de 1745», *Archivo General de Indias (Sevilla, España). Audiencia de Buenos Aires*, leg. 302 [Copia en *Archivo General de la Nación (Buenos Aires, Argentina), Sala VII, Biblioteca Nacional*, t. 195, doc. 2072, fs. 13-130.

BIBLIOGRAFÍA

ARGENTINA. COMANDO EN JEFE DEL EJÉRCITO

- 1973 *Política seguida con el aborigen (1750-1819)*. Buenos Aires: Círculo Militar (2 vols.)

BECHIS R., Martha A.

- 1984 *Interethnic relations during the Period of Nation-State formation in Chile and Argentina: from Sovereign to Ethnic*. Ann Arbor: University Microfilms International.

BRADING, David A.

- 1984 «Bourbon Spain and Its American Empire». En *The Cambridge History of Latin America. Volume I. Colonial Latin America*, ed. por Leslie Bethell, pp. 389-439. Cambridge: Cambridge University Press.

CARDIEL, Joseph

- 1953 «Carta y relación de las misiones de la Provincia de Paraguay (1747)». En Furlong, Guillermo S. J.: *José Cardiel, S. J. y su Carta-Relación (1747)*, pp. 204-206. Buenos Aires: Librería del Plata.

CARNEIRO, Robert

- 1981 «The chiefdom: precursor of the state». En *The transition to Statehood in the New World*, ed. por Grant D. Jones y Robert R. Kautz, pp. 37-79. Cambridge: Cambridge University Press.

CLARK, Thomas D. and John D. W. GUICE

1996 *The Old Southwest, 1795-1830. Frontiers in conflict*. Norman: University of Oklahoma Press.

CHIARAMONTE, José Carlos

1972 «La etapa ilustrada. 1750-1806». En Carlos S. Assadourian, Guillermo Beato y José C. Chiaramonte, *Argentina. De la conquista a la independencia*, pp. 279-366. Buenos Aires: Paidós.

EARLE, Timothy K.

1987 «Chiefdoms in archaeological and ethnohistorical perspective». *Annual Review of Anthropology* 16: 279-308.

1991 «The evolution of chiefdoms». En *Chiefdoms: Power, Economy, and Ideology*, ed. por Timothy K. Earle, pp. 1-15. Cambridge: Cambridge University Press.

FALKNER, Tomas

1774 *A description of Patagonia, and the Adjoining Parts of South America: containing and Account of the Soil, Produce, Animals, Vales, Mountains, Rivers, Lakes &c. of those Countries; the Religion, Government, Policy, Customs, Dress, Arms, and Language of the Indian Inhabitants; and some Particulars relating to Falkland's Islands*. Por... Hereford: C. Puch.

FITZ-ROY, Robert

1839 «Proceedings of the Second Expedition, 1831-1836, under the Command of Captain...». En *Narrative of the Surveying Voyages of this Majestic's Ships Adventure and Beagle, between the years 1826 and 1836, describing their examination of the Southern Shores of South America, and the Beagle's Circumnavigation of the Globe. Volume II*. Londres.

FURLONG, Guillermo S. J.

1953 *José Cardiel, S. J. y su Carta-Relación (1747)*. Buenos Aires: Librería del Plata.

GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ, Antonio

1976 *Cádiz y el Atlántico (1717-1778) (El comercio colonial español bajo el monopolio gaditano)*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-americanos (2 vols.)

GONZÁLEZ, Alberto Rex

1979 «Las exequias de Painé Güor. El suttee entre los araucanos de la llanura». *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* vol. XIII (NS): 137-161. Buenos Aires.

GONZÁLEZ MONTERO DE ESPINOSA, Marisa

- 1989 «Los patagones según los científicos de la expedición Malaspina». *Sylva Clus. Revista de historia de la ciencia*, año 3, nº 7: 53-73. Madrid.
- 1992 *La Ilustración y el hombre americano: descripciones etnológicas de la expedición Malaspina*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

HIGUERAS RODRÍGUEZ, M^a. Dolores y Juan PIMENTEL IGEA (editores)

- 1993 *La expedición Malaspina 1789-1794. Tomo V. Antropología y noticias etnográficas*. [Madrid-Barcelona:] Ministerio de Defensa-Museo Naval-Lunweg Editor.

JONES, Kristine

- 1984 *Conflict and adaptation in the Argentine Pampas, 1750-1880* [Ph. D. dissertation]. University of Chicago.

KING, D. Parker

- 1839 «Proceedings of the First Expedition, 1826-1830, under the Command of Captain...». En *Narrative of the Surveying Voyages of this Majesty's Ships Adventure and Beagle, between the years 1826 and 1836, describing their examination of the Southern Shores of South America, and the Beagle's Circumnavigation of the Globe*. Volumen I. Londres.

LOZANO, Pedro

- 1836 *Diario de un viaje á la costa de la mar magallanica, en 1745, desde Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes; formado sobre las observaciones de los PP. Cardiel y Quiroga, por el P....*. Buenos Aires: Imprenta del Estado (Coleccion de Obras y Documentos relativos A la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Rio de la Plata. Ilustrados con notas y disertaciones por Pedro de Angelis. Tomo primero).

MANDRINI, Raúl J.

- 1987 «La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII-XIX)». *Anuario del IEHS* 1. 1986: 13-17. Tandil.
- 1988 «Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el área interserrana bonaerense». *Anuario del IEHS* 2. 1987: 93-97. Tandil.
- 1993a «Guerra y paz en la frontera bonaerense durante el siglo XVIII». *Ciencia Hoy* 4, 23: 26-35. Buenos Aires.
- 1993b «Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI-XIX): balance y perspectivas». *Anuario del IEHS* 7. 1992: 59-73. Tandil.
- 1994 «Las transformaciones de la economía indígena bonaerense (ca. 1600-1820)». En *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la*

- pampa bonaerense*, editado por R. Mandrini y A. Reguera, pp. 45-74. Tandil: IEHS/UNCPBA.
- 1997 «Sobre el suttee entre los indígenas de las llanuras argentinas. Nuevos datos e interpretaciones sobre su origen y práctica». *Anales de Antropología* XXXI. 1994: 261-278.
- MANDRINI, Raúl J. (selec. y pról.)
1984 *Los araucanos de las pampas en el siglo XIX*. Buenos Aires: CEAL.
- MANDRINI, Raúl J. y Sara ORTELLI
1996 «Repensando los viejos problemas: observaciones sobre la araucanización de las pampas». *RUNA. Archivo para las Ciencias del Hombre* XXII. 1995: 135-150. Buenos Aires.
- MARTÍNEZ MARÍN, Carmen
1991 «La expedición del P. Quiroga, S. J., a la costa de los Patagones (1745-46)». *Revista Complutense de Historia de América* 17: 121-137.
- MARTÍNEZ SIERRA, Ramiro
1975 *El mapa de las pampas*. Buenos Aires, [s/e] (2 vols.).
- MAZZANTI, Diana y otros
1991 «El poblamiento inicial de la región». En *Mar del Plata. Una historia urbana*, por A. Alvarez, M. Canedo y otros. Buenos Aires: Fundación Banco de Boston.
- MORENO, Francisco P.
1972 *Viaje a la Patagonia Austral. 1876-1877*. Buenos Aires: Solar.
- MUSTERS, Georges Ch.
1979 *Vida entre los patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro*. Buenos Aires: Solar/Hachette.
- NACUZZI, Lidia R.
1991 «La cuestión del nomadismo entre los tehuelches». *Memoria Americana* 1: 103-134. Buenos Aires.
1998 *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- NAVARRO GARCÍA, Luis
1988 «The North of the New Spain as a Political Problem in the Eighteenth Century». En *New Spain's Far Northern Frontier. Essays on Spain in the American West, 1540-1821*, ed. por David J. Weber. Dallas: Southern Methodist University.

ORTELLI, Sara

- 1996 «La «araucanización» de las pampas: ¿realidad histórica o construcción de los etnólogos?». *Anuario del IEHS* 11. 1996: 203-225. Tandil.

RAMÍREZ RIVERA, Hugo Rodolfo E.

- 1990 *Don Antonio de Córdoba y la primera expedición científica española reconocedora del Estrecho de Magallanes (1785-1789). Viaje de la fragata Santa María de la Cabeza II y de los paquebotes Santa Casilda y Santa Eulalia de la Real Armada*. Madrid-Santiago de Chile: Embajada de España en Chile-Comisión Nacional Española de Conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América.

RELACIÓN...

- 1788 *Relación del ultimo viaje al estrecho de Magallanes de la fragata de S. M. Santa María de la Cabeza en los años de 1785 y 1786. Extracto de todos los anteriores desde su descubrimiento impresos y MSS. y noticia de los habitantes, suelo, clima y producciones del estrecho. (...) Madrid: Por la viuda de Ibarra, hijos y Compañía.*

SÁNCHEZ Y JULIÁ, Enrique

- 1976 *Sociedad indígena y conquista del desierto — Norpatagonia — Etnohistoria*. Cuadernos Universitarios, 7. Bariloche: Universidad Nacional del Comahue/Centro Regional Bariloche.

SÁNCHEZ LABRADOR, José

- 1936 *Los indios Pampas, Puelches y Patagones...* Monografía inédita, prologada y anotada por G. Furlong Cardiff S. J. Buenos Aires: Viau y Zona.

SANFELIU ORTÍZ, Lorenzo

- 1945 *62 meses a bordo: la expedición Malaspina según el diario del Teniente de Navío Don Antonio de Tova Arredondo, 2º comandante de la Atrevida 1789-1794*. Madrid: Editorial Naval.

VIANA, Javier de

- 1849 *Diario del viaje explorador de las corbetas españolas «Descubierta» y «Atrevida», en los años 1789 á 1794...* Cerrito de la Victoria: Imprenta del Ejército.

VIEDMA, Antonio de

- 1837 *Diario de un viaje a la costa de Patagonia para reconocer los puntos en donde establecer poblaciones, por D.... Con una descripción de la naturaleza de los terrenos, de sus producciones y habitantes; desde el puerto de Santa Elena hasta el estrecho de Magallanes*. Buenos-Aires: Imprenta del Estado (Colección de Obras y Documentos relativos A la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Rio de la Plata. Ilustrados con notas y disertaciones por Pedro de Angelis. Tomo sexto)

- VIEDMA, Francisco de
1938 «[Carta... al Virrey Vértiz del 4 de junio de 1779, relativa a la exploración del Río Negro]», *Revista de la Biblioteca Nacional* tomo II, núm. 7: 401-416. Buenos Aires.
- VILLALOBOS R., Sergio
1986 *Comercio y contrabando en el Río de la Plata y Chile*. 4a. ed. Buenos Aires: EUDEBA.
- VILLAR, Daniel
1998 «Ni salvajes ni aturdidos. La guerra de los indios comarcanos (y extracomarcanos) contra la Vanguardia de los Pincheira a través del Diario del Cantón de Bahía Blanca». En *Relaciones inter-étnicas en Sur bonaerense, 1810-1830*, ed. por Daniel Villar, pp. 79-132. Bahía Blanca: Departamento de Humanidades (UNS) e Instituto de Estudios Histórico-Sociales (UNICEN).
- WEBER, David J.
1992 *The Spanish Frontier in North America*. New Haven: Yale University Press.
1998 «Borbones y Bárbaros. Centro y periferia en la reformulación de la política de España hacia los indígenas no sometidos». *Anuario del IEHS* 13. 1998: 147-171. Tandil.